

RAY BRADBURY

LOS MUERTOS

NO RESUCITAN

Y OTROS RELATOS

POLICÍACOS



minotauro

RAY BRADBURY

LOS MUERTOS

NO RESUCITAN

Y OTROS RELATOS

POLICÍACOS

minotauro

Título original: *Killer, Come Back to Me*

© 2020 by Ray Bradbury Literary Works LLC.
Las páginas 298 y 299 funcionan como extensión de esta página de créditos

© Traducción de Simon Saito Navarro, 2021

© Editorial Planeta, S. A., 2021
Avda. Diagonal, 662-664, 7ª planta. 08034 Barcelona
www.edicionesminotauro.com
www.planetadelibros.com

Publicado por acuerdo con Casanovas & Lynch Literary Agency S.L.
y Don Congdon Associates, Inc.

ISBN: 978-84-450-0991-8
Depósito legal: B. 3.402-2021
Preimpresión: Ediciones del Simio
Impreso en España

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

Una nota de petulancia

Una noche, por lo demás, como otra cualquiera de mayo, a una semana de su vigesimonoveno cumpleaños, Jonathan Hughes conoció a su destino, que volvía a casa desde otro tiempo, otro año, otra vida.

En un primer momento no lo reconoció, por supuesto. Su destino subió al tren a la misma hora que Hughes en la estación Pennsylvania y se sentó a su lado durante el viaje a la hora de la cena a través de Long Island. Fue el periódico que ese destino suyo disfrazado de un hombre mayor que él sostenía lo que hizo que Hughes se lo quedara mirando y finalmente dijera:

—Caballero, disculpe que le moleste, pero su *New York Times* parece diferente del mío. La tipografía de la primera página parece más moderna. ¿Es una edición posterior?

—¡No! —exclamó el hombre. Se quedó callado un momento y tragó saliva, hasta que por fin consiguió decir—. Sí. Es una edición muy posterior.

Hughes echó un vistazo a su alrededor.

—Perdone que insista, pero... todos los demás ejemplares son iguales. ¿Ese que tiene usted es una copia de prueba para un futuro cambio?

—¿Futuro? —repuso el hombre sin apenas mover los labios. Todo su cuerpo pareció marchitarse dentro de su ropa, como si hubiera perdido peso con una simple exhalación—. Ya lo creo. Un futuro cambio. Dios mío, esa sí que es buena.

Jonathan Hughes observó con sorpresa la fecha del periódico:
2 de mayo de 1999.

—Mire lo que pone ahí... —protestó, y sus ojos bajaron hasta un pequeño artículo con una fotografía minúscula que había en la esquina superior izquierda de la primera página:

MUJER ASESINADA

LA POLICÍA BUSCA A SU MARIDO

El cuerpo de Alice Hughes fue encontrado sin vida y con heridas de bala...

El tren traqueteó estruendosamente al pasar por un puente. Al otro lado de la ventana se alzaban millones de árboles que blandieron sus ramas zarandeadas por el viento y luego cayeron como si los hubieran talado.

El tren entró en una estación como si no hubiera pasado nada.

En el silencio que siguió, el hombre más joven devolvió su atención al artículo:

Jonathan Hughes, de profesión contable, con domicilio en el número 112 de la avenida Plandome, Plandome...

—¡Dios mío! —exclamó—. ¡Lárguese de aquí!

Pero fue él quien se levantó y corrió unos metros antes de que el otro hombre pudiera moverse. El tren dio una sacudida que lo empujó a un asiento vacío desde el que vio, con los ojos desorbitados, un río de luz verde que se precipitaba detrás de la ventana.

«Por Dios —se dijo Hughes—. ¿Quién haría una cosa así? ¿Quién querría hacernos daño... a nosotros? ¿Qué clase de broma es esta? ¿Quién se burlaría de una pareja de recién casados y de una esposa tan maravillosa? ¡Maldita sea! —De nuevo, temblando, exclamó para sus adentros—: ¡Maldita sea!»

El tren tomó una curva y la fuerza del giro volvió a ponerlo en pie. Como un hombre ebrio, con el gesto grave y dominado por la ira, Hughes avanzó tambaleándose y regresó a su asiento para enfrentarse con el hombre mayor, que estaba encorvado con la cabeza metida entre las hojas del periódico, escondiéndose en las letras impresas. El hombre joven apartó el periódico de un manotazo y agarró al mayor por los hombros. El hombre, sobresaltado, levantó la mirada. Tenía las mejillas surcadas de lágrimas. Los dos hombres se quedaron inmóviles mientras el tren volvía a traquetear ensordecedoramente. Hughes sintió que su alma se elevaba para abandonar su cuerpo.

—¿Quién es usted?

Alguien debía haber gritado eso.

El tren se balanceó como si fuera a descarrilar.

El hombre mayor se levantó como si hubiera recibido un disparo en el corazón y, sin mirar, puso algo en la mano entreabierta de Jonathan Hughes antes de alejarse por el pasillo y pasar al siguiente vagón.

Hughes abrió la mano, giró la tarjeta que había en ella y lo que vio escrito hizo que se dejara caer pesadamente en el asiento para releerlo:

JONATHAN HUGHES, CONTABLE DIPLOMADO

679-4990. PLANDOME.

—¡No! —gritó alguien.

«Soy yo —se dijo el hombre más joven—. Es imposible... Ese hombre soy yo.»

Había en marcha una conspiración, no, varias conspiraciones simultáneamente. Alguien había ideado una broma sobre un asesinato y estaba poniéndola en práctica con él. El tren continuó deslizándose estrepitosamente por las vías con quinientas personas que volvían a casa después del trabajo y se balanceaban como si fueran intelectuales ebrios escondidos detrás de sus libros y papeles. Mientras tanto, el hombre mayor pasaba de un vagón al siguiente como si huyera del mismísimo diablo. Jonathan Hughes ya estaba completamente fuera de sí cuando el hombre mayor se lanzó como si hubiera tropezado al rincón más alejado del tren especial.

Los dos hombres volvieron a encontrarse en el último vagón, que estaba casi vacío. Jonathan Hughes se plantó delante del hombre, que no levantó la cabeza para mirarlo. Estaba llorando desconsoladamente, de manera que era imposible mantener una conversación con él.

«¿Por quién llorará? —se preguntó el hombre joven—. Pare, por favor, pare.»

El hombre mayor se incorporó como si obedeciera una orden y se enjugó los ojos, se sonó la nariz y comenzó a hablar con un hilo de voz que obligó a Jonathan Hughes a acercarse y finalmente sentarse para escuchar lo que decía en susurros:

—Nosotros nacimos...

—¿Nosotros? —exclamó Hughes.

—Nosotros —repitió el hombre mayor desviando la mirada hacia el crepúsculo, que se deslizaba como brasas y humo al otro lado de la ventana—, sí, usted y yo, nacimos en Quincy, en el año 1950. El veintidós de agosto...

«Sí», pensó Hughes.

—... Y vivíamos en el número 49 de Washington Street. Hicimos la primaria en el colegio Central, con Isabel Perry...

«Isabel Perry», repitió mentalmente el hombre joven.

—Nosotros... —murmuró el hombre—. Nuestro... —susurró—. A nosotros. —Y continuó su relato—: Nuestro profesor de carpintería era el señor Bisbee. La profesora de historia era la señorita Monks. Cuando teníamos diez años nos rompimos el tobillo derecho patinando sobre hielo. Con once años estuvimos a punto de ahogarnos. Papá nos rescató. A los doce años nos enamoramos de Impi Johnson...

«En séptimo. Una señora encantadora. Hace mucho tiempo que murió, Dios mío», pensó el hombre joven sintiéndose viejo.

Y eso es lo que pasó. Durante el siguiente minuto, los dos siguientes, los tres, el hombre mayor habló y habló, y a medida que lo hacía rejuvenecía gradualmente, sus mejillas adquirirían un aspecto lozano y sus ojos brillaban, mientras que el hombre joven se hundía bajo el peso de los recuerdos que el otro hombre desenterraba en su asiento y su palidez aumentaba, de manera que, a mitad de la conversación, mientras uno hablaba y el otro escuchaba, se convirtieron en hermanos gemelos. Hubo un momento en el que Jonathan Hughes tuvo la descabellada certeza de que, si se volvía a mirar la ventana, vería reflejados en el vidrio a dos hermanos gemelos idénticos en un mundo que sucumbía a la noche.

No se volvió a mirar.

El hombre mayor concluyó su relato. Tras la conversación, después de desenterrar unos recuerdos que habían caído en el olvido hacía mucho tiempo, tenía la espalda más recta y la cabeza erguida.

—Eso es el pasado —dijo.

«Debería pegarle —pensó Hughes—. Acusarlo. Gritarle. ¿Por qué no estoy pegándole, acusándolo, gritándole?»

Porque...

El hombre mayor intuyó lo que el joven estaba preguntándose y dijo:

—Sabes que soy quien digo ser. Lo sé todo sobre nosotros. Ahora... el futuro.

—¿El mío?

—El nuestro —le corrigió el hombre mayor.

Jonathan Hughes asintió con la mirada fija en el periódico que su interlocutor tenía en la mano derecha. El hombre lo dobló y lo soltó.

—Poco a poco prosperarás en el trabajo. ¿Por qué? Quién sabe. Nacerá y morirá un niño. Tendrás una amante y la dejarás. Serás bastante feliz con tu mujer. Y al final, oh, créeme, será un proceso muy lento..., cómo decirlo..., acabarás odiándola. Vaya, veo que te he dado un disgusto. Será mejor que no siga hablando.

Permanecieron en silencio un largo rato y el hombre mayor volvió a envejecer, y el joven con él. Cuando había envejecido hasta la edad adecuada, el joven le hizo un gesto con la cabeza al mayor para que continuara hablando y le escuchó sin mirarlo.

—Imposible. En efecto, solo llevas casado un año. Ha sido un año maravilloso, el mejor de tu vida. Cuesta creer que una sola gota de tinta pueda teñir toda el agua cristalina de una jarra. Y luego el mundo entero cambiará, no solo tu esposa, no solo la mujer hermosa, el sueño maravilloso.

—Usted... —Jonathan hizo una pausa—. Usted... ¿la ha matado?

—Nosotros, lo hemos hecho nosotros dos. Pero, si consigo convencerte, ninguno de los dos la matará, ella vivirá, y tú envejecerás para convertirte en un yo más feliz, en una mejor persona. Rezo para que eso ocurra. Lloro para que ocurra. Aún hay tiempo. Mi intención es hacerte entrar en razón a lo largo de los años, cambiar tu carácter, tu mentalidad. Dios mío, si la gente supiera lo que es un asesinato... Es una cosa tan absurda, tan estúpida... Tan fea. Pero aún hay esperanza, porque de algún modo he llegado aquí, te he conmovido, ha comenzado a producirse el cambio que salvará nuestras almas. Escucha. Reconoces que somos la misma persona, que los gemelos del tiempo viajan en este tren a esta hora de la noche, ¿verdad?

El tren chifló para despejar la vía de un obstáculo de años.

El hombre joven asintió de la manera más imperceptible posible. El hombre mayor no necesitó más.

—He huido. He venido corriendo hasta ti. Es todo lo que puedo decir. Solo lleva muerta un día. ¿A dónde puedo ir? No puedo esconderme en ningún sitio salvo en el Tiempo. No hay nadie a quien suplicar, no hay juez ni jurado, ni testigos aparte de... ti. Solo tú puedes limpiar la sangre de mis manos, ¿no te das cuenta? Tú me has atraído. Tu juventud, tu inocencia, tu próspero presente, tu maravillosa vida todavía immaculada,

fueron la máquina que me puso sobre tu pista. Mi cordura depende de ti. Si me das la espalda, oh, Dios mío, estaré perdido... No, los dos estaremos perdidos. Compartiremos una tumba y nunca nos levantaremos de ella, y nos sepultarán para siempre en la miseria. ¿Quieres que te diga lo que tienes que hacer?

El hombre joven se puso en pie.

—¡Plandome! —gritó una voz—. ¡Plandome!

Bajaron al andén y el hombre mayor corrió detrás de él mientras el joven, con la sensación de que sus extremidades podrían echar a volar en cualquier momento, chocaba con las paredes y tropezaba con la gente.

—¡Espera! —gritó el hombre mayor—. ¡Ah, por favor!

El hombre joven continuó caminando.

—¿No te das cuenta de que estamos juntos en esto? Tenemos que pensar en ello juntos, arreglarlo juntos, para que tú no te conviertas en mí y yo no tenga que ir en tu busca. ¡Oh, esto es una locura, un disparate, lo sé, lo sé, pero escúchame!

El hombre joven se detuvo en el borde del andén, donde estaban entrando los trenes con gritos de alegría o saludos mudos, breves bocinazos, salvas de motores y luces que se desvanecían. El hombre mayor agarró del hombro al joven.

—Dios mío, tu mujer, la mía, llegará en cualquier momento. Aún tengo que contarte muchas cosas. Tú no puedes saber lo que yo sé. ¡Hay veinte años de información desconocida para ti de la que tenemos que hablar, que debes entender! ¿Estás escuchándome? ¡Dios mío, no me crees!

Jonathan Hughes estaba mirando la calle. A lo lejos se veía un coche que se acercaba poco a poco.

—¿Qué ocurrió en el desván de mi abuela en el verano de mil novecientos cincuenta y ocho? Nadie lo sabe excepto yo. ¿Y bien?

El hombre mayor dejó caer los hombros. Su respiración se tranquilizó y recitó como si leyera una pizarra:

—Nos quedamos escondidos allí durante dos días, solos. Nadie se enteró. Todo el mundo pensó que nos habíamos escapado y nos habíamos ahogado en el lago o caído al río. Pero estuvimos escondidos allí arriba todo el tiempo, llorando porque pensábamos que nadie nos quería... Oíamos el viento y queríamos morirnos.

Por fin el hombre joven se dio la vuelta y fijó la mirada en su yo mayor con los ojos llenos de lágrimas.

—¿Tú me quieres?

—Más me vale —repuso el hombre mayor—. Soy lo único que tienes. El coche se detuvo al llegar a la estación. Una mujer joven sonrió y saludó con la mano detrás del parabrisas.

—Rápido —dijo en voz baja el hombre mayor—. Llévame a tu casa. Observaré, te mostraré las cosas que fueron mal, te enseñaré a corregirlas, quizá pueda hacer que tengas una vida feliz para siempre. Llévame...

Sonó el claxon del coche y la mujer se asomó por la ventanilla.

—¡Hola, cariño! —gritó.

Jonathan Hughes soltó una carcajada y echó a correr como un poseso hacia el coche—. ¡Hola, preciosa...!

—Espera.

El hombre joven se detuvo y se dio la vuelta para mirar al hombre mayor con el periódico, que se había quedado de pie en el andén, temblando. El hombre mayor le hizo un gesto inquisitivo con la mano.

—¿No olvidas algo?

—A ti... —dijo Jonathan Hughes tras un breve silencio—. A ti...

El coche tomó una curva y se adentró en la noche. La mujer, el hombre mayor y el joven se inclinaron con el giro del vehículo.

—¿Cómo ha dicho que se llamaba? —preguntó la mujer por encima del ruido del motor y de la velocidad mientras dejaban atrás campos y carreteras.

—No lo ha dicho —se apresuró a responder Jonathan Hughes.

—Weldon —dijo el hombre mayor, pestañeando.

—¡Qué casualidad! —exclamó la mujer—. Ese era mi apellido de soltera.

El hombre mayor soltó un inaudible grito ahogado, pero se recuperó.

—¡Pues sí que es curioso! —repuso.

—¿No seremos parientes usted y yo...? —

—Fue profesor mío en el instituto Central —explicó rápidamente Jonathan Hughes.

—Y aún lo soy —observó el hombre mayor—. Aún lo soy...

Llegaron a la casa.

No podía dejar de mirarla. Durante la cena, el hombre mayor pasó casi todo el tiempo con las manos vacías y mirando a la encantadora mujer que estaba sentada a la mesa enfrente de él. Jonathan Hughes no paraba quieto y hablaba elevando mucho la voz para llenar los silencios; apenas

comía. El hombre mayor continuaba mirando como si estuviera produciéndose un milagro cada diez segundos. Contemplaba la boca de Alice como si fuera una fuente que arrojaba diamantes, sus ojos como si contuvieran toda la sabiduría desconocida del mundo y se desvelara por primera vez. A juzgar por la expresión de asombro de su cara, se diría que el hombre mayor había olvidado por completo por qué estaba allí.

—¿Tengo comida en la barbilla? —preguntó de repente Alice Hughes—. ¿Por qué estáis mirándome todos?

Tras lo cual, el hombre mayor rompió a llorar para estupefacción de sus anfitriones. Parecía incapaz de parar, hasta que Alice dio la vuelta a la mesa y le puso una mano en el hombro.

—Le ruego que me disculpe —dijo el hombre mayor—. Es que es usted tan adorable. Por favor, siéntese. Le pido perdón.

Terminaron el postre y Jonathan Hughes soltó el tenedor y se limpió solemnemente la boca con la servilleta.

—¡Estaba delicioso! —exclamó—. ¡Te amo, esposa mía! —Besó a su mujer en la mejilla, pero se lo pensó mejor y le dio otro beso en los labios—. ¿Ve? —dijo mirando de reojo al hombre mayor—. Amo a mi esposa.

El otro hombre asintió con la cabeza y dijo:

—Sí, sí, lo recuerdo.

—¿Lo recuerda? —exclamó Alice mirándolo fijamente.

—¡Un brindis! —se apresuró a proponer Jonathan Hughes—. ¡Por una mujer fabulosa, por un futuro maravilloso!

Su mujer rio y levantó la copa.

—Señor Weldon. ¿Usted no bebe...?

Fue extraño ver al hombre mayor en la puerta del salón.

—Mira esto —dijo. Cerró los ojos y se movió con seguridad y sin vacilar por la estancia—. Aquí está el soporte para las pipas. Aquí, los libros. En el cuarto estante contando desde arriba hay un volumen de *The Star Thrower*, de Eiseley. En el estante de encima hay una copia de *La máquina del tiempo*, de H. G. Wells, un libro de lo más apropiado. Y aquí está el sillón especial, y yo sentado en él.

Se sentó. Abrió los ojos.

—No vas a ponerte a llorar otra vez, ¿verdad? —dijo Jonathan Hughes mirándolo desde la puerta.

—No, ya no voy a llorar más.

Los dos hombres se volvieron hacia la cocina, desde donde llegaba el ruido de platos y la voz de Alice, que tarareaba una canción mientras los fregaba.

—¿Llegará un día en el que la odiaré? —preguntó Jonathan Hughes—. ¿Llegará un día en el que la asesinaré?

—Parece imposible, ¿eh? He estado observándola durante una hora y no he encontrado nada, ni un indicio, ni una prueba, ni el más leve punto, punto y coma o signo de exclamación mal puesto, ni un pelo fuera de lugar en ella. También te he observado a ti para comprobar si la culpa era tuya, nuestra, en todo este asunto.

—¿Y? —preguntó el hombre joven mientras servía jerez para los dos y le pasaba una copa a su interlocutor.

—En resumen, podría ser que bebas demasiado. Fíjate.

Hughes vació su copa de un trago.

—¿Qué más?

—Supongo que debería darte una lista y pedirte que la conserves y la mires todos los días. Una serie de consejos del viejo loco para el joven inconsciente.

—Recordaré todo lo que me digas.

—¿De verdad? ¿Durante cuánto tiempo? Un mes, un año... Después, como ocurre con todo, lo olvidarás. Estarás demasiado ocupado en vivir. Poco a poco irás convirtiéndote en... mí. Y ella se convertirá lentamente en alguien que habría que eliminar del mundo. Dile que la quieres.

—Todos los días.

—¡Prométeme que lo harás! ¡Es importante! Tal vez ese fue el fallo que cometí yo, que cometimos nosotros. ¡Todos los días, sin falta! —El hombre mayor se inclinó hacia delante y su rostro se encendió mientras hablaba—. Todos los días. ¡Todos los días!

Alice apareció en la puerta ligeramente alarmada.

—¿Pasa algo?

—No, no. —Jonathan Hughes sonrió—. Estábamos intentando decidir a quién de los dos le gustas más.

Ella rio, se encogió de hombros y se marchó.

—Creo... —empezó a decir Jonathan Hughes, pero hizo una pausa y cerró los ojos mientras se obligaba a seguir hablando— que ha llegado el momento de que te vayas.

—Sí, ha llegado el momento de irme —repuso el hombre mayor, aunque no se movió. Su voz sonaba extraordinariamente cansada, exhaus-

ta, triste—. Estoy sentado aquí y me siento derrotado. No he sido capaz de encontrar ningún error. No veo dónde está el fallo. No puedo darte ningún consejo. ¡Dios mío, qué estúpido soy! No debería haber venido para darte este disgusto y molestarte cuando lo único que puedo ofrecerte son unas vagas sugerencias, unas necias advertencias de perdición. Hace un momento, mientras estaba sentado aquí, he pensado: «La mataré ahora, me libraré de ella ahora, asumiré mi culpa ahora, como un hombre mayor, así el joven, tú, podrá tener un futuro sin ella». ¿No es una tontería? Me pregunto si saldría bien. Es un caso de la vieja paradoja de los viajes en el tiempo, ¿no? ¿Alteraría el curso del tiempo, el mundo, el universo? No te preocupes, no, no, no me mires así. No voy a asesinar a nadie en este momento. Todo ocurrirá en el futuro, dentro de veinte años. El hombre mayor ahora abrirá la puerta y huirá de esta locura sin haber hecho nada, sin haber sido de utilidad alguna.

Se levantó y volvió a cerrar los ojos.

—Permíteme comprobar si soy capaz de encontrar la salida a ciegas.

El hombre mayor se puso en movimiento. El joven abrió el armario de la entrada, sacó el abrigo del otro hombre y se lo puso sobre los hombros.

—Sí has sido de utilidad —afirmó Jonathan Hughes—. Me has dicho que le diga que la quiero.

—Sí, eso es cierto, ¿no?

Se volvieron hacia la puerta.

—¿Tenemos alguna esperanza? —preguntó el hombre mayor de un modo repentino y feroz.

—Sí, yo me aseguraré de que así sea —respondió Jonathan Hughes.

—Bueno, bueno. ¡Casi me lo creo!

El hombre mayor abrió la puerta sin mirarla.

—No me despediré de ella. No soportaría mirar esa cara tan adorable. Dile que el viejo loco se ha marchado. ¿A dónde? Calle arriba. Estaré esperándote. Algún día llegarás allí.

—¿Para convertirme en ti? No lo creo —replicó el hombre joven.

—Nunca dejes de decir eso. Y... Dios mío... Ten. —El hombre mayor hurgó en el bolsillo y sacó un pequeño objeto envuelto en un papel de periódico arrugado—. Será mejor que lo guardes tú. Ahora mismo no soy alguien en quien se pueda confiar. Podría hacer una locura. Cógela. Cógela.

Puso el objeto en las manos del hombre joven.

—Adiós. ¿No es una abreviación de «a Dios seas»? Pues, eso, adiós.

El hombre mayor enfiló con paso ligero por la calle y se adentró en la noche. El viento agitó los árboles. A lo lejos se atisbaba un tren moviéndose en la oscuridad, aunque no había manera de saber si llegaba o partía.

Jonathan Hughes se quedó en la puerta un rato, intentando discernir si era real la persona que desaparecía en la oscuridad.

—¡Cariño! —gritó su mujer desde el interior de la casa.

Jonathan Hughes comenzó a desenvolver el pequeño objeto.

Ella se había detenido junto a la puerta del salón, detrás de él, pero su voz sonó tan lejana como los pasos cada vez más apagados en la calle penumbrosa.

—No te quedes ahí parado. Estás dejando entrar el frío.

Jonathan Hughes se quedó paralizado cuando terminó de desenvolver el objeto. En la mano sostenía un pequeño revólver.

Muy lejos de allí, el tren lanzó un último chirrido que rápidamente se llevó el viento.

—Cierra la puerta —insistió su mujer.

Él tenía la cara fría. Cerró los ojos.

Esa voz... ¿No había en ella una levísima nota de petulancia?

Jonathan Hughes se dio la vuelta con lentitud y ligeramente desequilibrado. Rozó con el hombro la puerta, que se movió una pizca, y el viento la empujó para terminar de cerrarla con un golpetazo.